

Secretaría de Prensa

DISCURSO DE S.E. EL PRESIDENTE DE LA REPUBLICA,
D. PATRICIO AYLWIN AZOCAR, ANTE EL CONGRESO NACIONAL

PARAGUAYO

ASUNCION, 11 de Junio de 1992.

Honorables señores Senadores y Diputados:

Es para mí un alto honor ser recibido por el Parlamento de Paraguay. El Parlamento, junto con ser uno de los Poderes del Estado, constituye el corazón mismo de la democracia; es el espejo de toda la nación, el órgano de expresión natural e institucional de las distintas corrientes, aspiraciones y necesidades de un pueblo.

Es imposible concebir a una democracia sin Parlamento libre. Parlamentar, dialogar, deliberar, no son otra cosa que distintas expresiones de un mismo propósito: construir consensos y aunar voluntades para cumplir con la alta responsabilidad de gobernar.

Pero no se agota ahí la función del Parlamento: en él se manifiesta de manera ejemplar el auténtico sentido de la política como servicio público y como ejemplo para el conjunto de la sociedad.

Traigo al pueblo de Paraguay y a sus autoridades el cordial saludo del pueblo chileno y su gobierno. Nuestras naciones no sólo están unidas por nuestra común historia iberoamericana, sino también por algunos rasgos característicos de la idiosincrasia de nuestros pueblos. El coraje admirable de nuestros aborígenes, la capacidad de sacrificio de paraguayos y chilenos por amor a la patria, son rasgos que se expresan en ejemplares testimonios de heroísmo, de los más hermosos de la historia humana.

Comunes ideales de libertad, de igualdad social y de superación cultural son compartidos por nuestros pueblos y han inspirado a figuras relevantes del acontecer histórico de ambos países. Y aunque la evolución institucional de nuestras naciones haya marchado por cauces diferentes, una y otra estamos viviendo experiencias análogas de reencuentro nacional y consolidación democrática.

Los procesos institucionales en marcha en Paraguay y Chile, procuran afianzar en ambos países la convivencia, estabilidad y progreso nacionales, sobre la base del respeto a las institucionalidades democráticas que garanticen los derechos humanos y libertades fundamentales a todas las personas y que abran a todos adecuados cauces de participación.

Pienso que es fundamental para el éxito definitivo de estos procesos que nos acostumbremos a comprender que la unidad nacional, indispensable para superar los problemas y alcanzar las metas de desarrollo que anhelamos, sólo puede construirse sobre la base del reconocimiento y respeto de la diversidad que es propia de toda sociedad humana. Ello nos exige a todos el máximo esfuerzo de tolerancia y comprensión recíprocas, para que el legítimo derecho de cada cual, de plantear y defender sus propios ideales y opiniones, no nos impida buscar y conseguir consensos básicos de convivencia colectiva a los que todos nos sometamos y procurar lograr el máximo acuerdo posible en la búsqueda de las soluciones a los problemas nacionales.

Así como Paraguay y Chile, la gran mayoría de las naciones de América Latina se encuentran en procesos semejantes, lo que nos alienta con más fuerza a buscar caminos para el intercambio y la cooperación entre nuestros pueblos.

Pertenece a una comunidad que se encuentra en el umbral de conmemorar cinco siglos de historia compartida, la que ha impreso su sello distintivo en nuestros valores y en nuestra cultura.

No ha sido una historia fácil. La fragmentación del imperio colonial español tuvo como desgraciada consecuencia una serie de conflictos, por cuestiones territoriales y hegemónicas, entre nuestras jóvenes naciones. Chile se enfrentó con Bolivia y Perú; Paraguay vio diezmada su población en la cruenta guerra que sostuvo en el siglo pasado con Brasil, Argentina y Uruguay. Y enfrentó la guerra del Chaco en el presente siglo.

Hoy los tiempos han cambiado. La guerra como instrumento para dirimir conflictos entre nosotros, aparece como un recurso no sólo irracional sino también inútil, destructor, inhumano y perjudicial. Tenemos conciencia, quizá por primera vez en términos reales, de que es mucho más lo que nos une que lo que nos separa. Tenemos una tradición cada vez más sólida, y por eso podemos forjar en común el futuro que queremos.

En el mundo de hoy ningún país puede seriamente pensar en enfrentar aisladamente los desafíos del desarrollo. Existe la generalizada conciencia de que el crecimiento va de la mano con la apertura de las economías. Estamos seguros de que nuestros países y nuestra región lograrán éxito en sus metas en la medida en que nos incorporemos creativa y competitivamente al comercio mundial.

Para ello es fundamental el proceso de integración que se está llevando a cabo en el continente. Con diversos matices y grados, esquemas subregionales como el Pacto Andino, el Mercado Común del Cono Sur —en el que participa Paraguay— y la proyectada zona libre de comercio de América del Norte, acuerdos bilaterales como los convenidos por Chile con Argentina y con México, otros esfuerzos e instancias de coordinación, como la Asociación Latinoamericana de Integración, son fórmulas válidas para avanzar con decisión hacia la constitución de una zona económica con identidad, fuerza y proyección en el mundo contemporáneo.

La desaparición de los bloques ideológicos ha permitido la constitución de bloques comerciales que pueden fácilmente transformarse en sistemas cerrados, impenetrables, con políticas proteccionistas. En un panorama así, países como los nuestros son los que pagan los mayores costos. La mejor manera de articularnos con las principales corrientes económicas del exterior es concertarnos con nuestros socios naturales, buscando el desarrollo armónico de economías complementarias y la obtención de mercados al interior y al exterior de nuestra región.

La integración latinoamericana ha sido, muchas veces, una fórmula retórica, sin el apoyo de una efectiva voluntad política para llevarla a cabo ni de mecanismos de eficiencia suficiente. Hoy, el mundo que vivimos la ha convertido en un imperativo ineludible; más aún, en una condición necesaria para llevar a cabo un proyecto político y económico que permita a nuestros pueblos salir del subdesarrollo y competir con éxito ante otras comunidades, como la europea y la del sudeste asiático.

Para ello es imprescindible coordinar gradualmente nuestras políticas de desarrollo para hacerlas armónicas y compatibles. Un primer paso es reforzar los organismos de cooperación internacional, tanto multilaterales como regionales, otorgándoles los necesarios instrumentos jurídicos para que puedan convertirse en mecanismos eficientes al servicio del proyecto de integración. No debemos desanimarnos por la lentitud que pueda demandar el buen curso de este proceso; sólo debemos temer no avanzar.

La estabilidad alcanzada nos permite dedicar el máximo de nuestras energías a combatir el problema que se alza como el mayor desafío para nuestros países en el umbral del tercer milenio: derrotar la pobreza, mal endémico de nuestro continente, que mantiene a millones de seres humanos viviendo en condiciones

incompatibles con su dignidad de personas humanas.

Ello nos exige no sólo obtener buenos índices de crecimiento global de nuestras economías, objetivo que se facilitará en la medida en que avancemos en los mecanismos de integración. Nos exige también aplicar criterios de justicia social que permitan la incorporación a los sistemas productivos y a sus beneficios de la vasta masa de los sectores pobres de nuestra región. Ello es imperativo ético a la vez que exigencia de eficacia.

No seremos competitivos en la economía mundial con algunos estratos de nuestra población modernizados mientras otros, mayoritarios, permanecen sumidos en la pobreza.

Hay acuerdo en que el sector privado tiene un papel fundamental como motor del crecimiento y en la creación de riqueza; debería haberlo también en cuanto a que el Estado tiene un papel fundamental que cumplir para asegurar el bien común. Es deber ineludible para el Estado contemporáneo invertir en las personas y principalmente en los más pobres, para asegurar así el desarrollo armónico del país mediante la incorporación de los postergados y la creación de condiciones que aseguren una paz sólida y estable.

Hay otros problemas que afectan a todos nuestros países, en mayor o menor medida, y que nos exigen acciones concertadas para resolverlos. El narcotráfico y el consumo de drogas no son nuevos en la región, pero sí lo es la dimensión del problema y su capacidad de afectar las relaciones internacionales.

El progresivo deterioro del medio ambiente es otro preocupante problema que requiere de políticas conjuntas para evitar daños irreversibles. Durante siglos, y aún milenios, los hombres hemos tomado de la naturaleza todo lo que considerábamos que nos hacía falta, sin pensar siquiera en que los recursos son limitados y sin prestar atención a las perniciosas consecuencias de formas de explotación depredadoras.

Cuando el medio ambiente ya está amenazado por fenómenos de gran escala que pueden alterar irreversiblemente las condiciones de vida sobre el planeta, recién comenzamos a tomar conciencia de la amenaza que se cierne sobre la Humanidad. La Conferencia de Naciones Unidas que se está realizando en Río de Janeiro, durante la cual suscribiremos importantes compromisos en torno a estos temas, es un paso positivo para alcanzar mecanismos de cooperación y de control en el ámbito del patrimonio ecológico mundial. Esos compromisos deben ir acompañados por acciones nacionales y regionales que los afiancen y les den un contenido acorde con cada realidad.

Señores Senadores y Diputados:

Dos hechos históricos de gran relevancia —el Quinto Centenario del Encuentro entre dos Mundos y la proximidad del Tercer Milenio de la Era Cristiana— nos sitúan ante el ineludible deber, para América Latina, de repensarse a sí misma, reafirmando su fe en un destino solidario frente a un mundo sacudido por la aceleración de las transformaciones políticas y por las urgencias económicas y morales.

A nuestros pueblos les asiste el derecho a esperar de nosotros, sus representantes y mandatarios, que avancemos con decisión, prontitud y eficiencia en la solución de los problemas que nos aquejan. No podemos defraudar esa confianza.

El afianzamiento de la democracia, tanto en nuestro continente como en Europa Oriental y otras regiones del mundo, y la formación de comunidades económicas integradas, superando confrontaciones ideológicas e intereses contrapuestos, nos estimulan y nos hacen mirar el futuro de América Latina con renovada esperanza.

Tenemos razones para ser optimistas. Nuestra acción como gobernantes se funda en una vocación de paz e integración, en la firme adhesión al orden jurídico internacional, en la defensa y promoción de los derechos humanos y en el esfuerzo permanente para derrotar a la pobreza y abrir para nuestros pueblos crecientes accesos al progreso y el bienestar. En la medida en que seamos capaces de hacerlo, afianzaremos la democracia en nuestras naciones y aseguraremos para nuestros hijos un futuro mejor.

Muchas gracias.

* * * * *

ASUNCION, 11 de Junio de 1992.

MLS/EMS.